

BARRICADA

Zehra Doğan

Este texto es una recopilación de fragmentos extraídos de conversaciones sobre la imagen de la resistencia plasmada en una barricada, mientras cosía un quilt y construía esta barricada durante un año, junto con los amigos que me ayudaron.

.....

Crecí en las tierras del Kurdistan, en una casa pequeña pero llena de gente, con nueve hermanos y hermanas, una abuela, un abuelo, tías, sobrinos y primos. Por eso, la frase "una habitación propia", de Virginia Woolf, siempre me ha parecido extraña. Mi habitación propia era el quilt con el que me tapaba por las noches, que siempre cambiaba, pero creaba el mismo efecto.

Este quilt, que compartía con mi hermana y mi hermano mayor, ya que dormíamos en el mismo colchón, no era completamente mío. Para crear un espacio que nos perteneciera, como todos los niños que probablemente se criaron en condiciones similares a las nuestras, desarrollamos una estrategia basada en nuestros movimientos corporales bajo ese quilt compartido. Al cubrirnos la cabeza con el estando en posición fetal y meter una parte bajo los pies, entre las piernas o bajo las nalgas mientras lo empujábamos con los codos, desarrollamos, en ese momento, la capacidad de construir, dentro de ese quilt compartido, un espacio privado que solo nos pertenecía a nosotros.

En un espacio en el que la soledad era imposible; gracias a ese quilt podíamos entrar en nuestro mundo imaginario, en nuestro espacio personal, y crear un universo privado; de hecho, hoy en día aún vivo así. Por ejemplo, incluso en Europa, donde llevo viviendo en el exilio desde 2019, sigo sin tener un espacio realmente mío. No importa dónde esté, incluso cuando dispongo de habitación propia, solo después de cubrirme la cabeza con el quilt y de colocar mi cuerpo de una determinada manera, me siento dentro de esa habitación que me ha acompañado desde la infancia.

Este vínculo que desarrollé con el quilt no solo se debe a que provengo de una familia numerosa, sino también a que crecí en una región muy alejada de las formas típicas de "espacios íntimos" que ofrece el mundo moderno. Sin embargo, aunque las épocas y los lugares cambien, el quilt sigue siendo mi refugio más familiar, seguro e íntimo, porque se puede encontrar en cualquier parte. En un hogar en el que la intimidad no se construía con la arquitectura, sino con los límites del cuerpo, mi habitación propia siempre ha sido ese quilt con el que me tapaba. La relación que establecí con una manta portátil en lugar de con una habitación fija debió ser, de hecho, un intento de crear un espacio debido a que carecía de él.

Se podría decir que en la casa donde crecí vivíamos en comunidad. Nuestras pertenencias personales y nuestros espacios privados eran muy limitados, por lo que descubrimos el concepto de propiedad bastante tarde. Pero el profundo deseo que tenía de hacer realidad mis sueños me llevó a crear espacios propios dentro de casa. En verano llegué a construir refugios, ciudades o calles secretas en lo alto de un árbol; en otoño, bajo la mesa del comedor que nunca se usaba; en invierno, bajo el quilt. Mi insistencia en no doblar el colchón se solucionó mediante un acuerdo con mi madre. En cuanto terminaba de desayunar, me metía bajo el quilt, cerraba los ojos en la atmósfera mágica que creaba mi habitación propia y me entregaba durante horas a mis sueños y a mi mundo imaginario. Esta situación me sacaba de la pobreza en la que vivíamos y de la dura realidad de un mundo dominado por la guerra. En el mundo imaginario que construí bajo el quilt podía vivir como quería.

Que mi familia aceptase los espacios que yo creaba y los considerase parte de la casa no fue fácil. Creo que el hecho de cubrirme constantemente con este quilt para convertirlo en una herramienta de mi propia vida llegó a ser aceptado por los demás miembros de la familia, y el asunto se zanjó con un simple "Zehra es así".

El quilt era, de hecho, una barricada entre mi familia y yo, entre el mundo y yo. Gracias a esta barricada que construí con un material muy frágil y fácil de destruir, proclamé mi autonomía. Me permitió sentirme más feliz y segura en aquella casa. A veces, me veían como una extraña, o incluso una loca, pero ser aceptada tal como era reforzó mi vínculo con la vida. Mientras existiese en mi propio mundo, encontraba, a mi manera, un medio para existir también en el mundo exterior.

Hoy, en mi estado errante, sin una patria ni un lugar propio, lejos de mi país, el quilt es, sin duda, el objeto que más me reconforta. Es como un medio de teletransporte que me hace viajar al mundo imaginario que yo elija, lejos de la vida real, que a veces puede tener una carga emocional difícil de soportar. Es también una barricada en la que puedo refugiarme en cualquier momento, época o lugar en los que no deseo estar. A veces me pregunto: si hubiera experimentado lo opuesto a lo que conocía en ese momento, ¿quién sería hoy?, ¿qué me dirían mi memoria, mis sensaciones o mi personalidad? Si me hubieran arrancado de repente aquel quilt, si me hubiesen destruido mi refugio en lo alto del árbol o debajo de la mesa, y si me hubieran castigado por lo que estaba haciendo, ¿qué daño habría sufrido mi ser y qué rumbo habría tomado mi vida dentro de aquella familia?

Barricada: de la intimidad a la resistencia pública

A medida que presenciaba, en la tierra donde crecí, la rapidez con la que se militarizaba el espacio público, las calles o las plazas, la relación de protección que había desarrollado con el quilt se transformó en otra cosa: una barricada.

Las barricadas son fortalezas que se levantan para sobrevivir y defender los espacios de cada uno. Constituyen un elemento central en la historia de las revoluciones y un poderoso símbolo de los grandes levantamientos, no solo a nivel físico, sino también metafórico. La barricada es un elemento arquitectónico defensivo que nace de la simple reutilización de objetos disponibles, como sillas, sillones, bolsas, piedras, árboles, ruedas o puertas que no se crearon con ese propósito. Por separado, cada uno de estos objetos tiene un significado diferente; sin embargo, una vez unidos, se convierten en un único elemento de resistencia y en una de las imágenes más impactantes de las luchas sociales.

Las numerosas barricadas que se levantaron durante la Comuna de París en el siglo XIX, en España en 1936, en Alemania en los años cuarenta o en América Latina y París en mayo son todas ejemplos de objetos cotidianos transformados en mecanismos de defensa, alejados de su finalidad habitual. Un sillón en medio de la calle, de forma aislada, resulta una imagen extraña, pero, cuando se combina con otros objetos, ese carácter extraño desaparece, pues ya no se trata de un sillón, sino de una barricada.

La barricada, que no se basa en ningún plan arquitectónico profesional ni en un kit ya preparado, nace de la intervención directa de las masas. Y es precisamente ahí donde reside su fuerza: una forma alternativa de defensa creada por el paso del pueblo de lo horizontal a lo vertical, frente al poder vertical de la violencia estatal. Las piedras se arrancan de su sitio, las calles se reconfiguran.

Paz, resistencia y vida

En 2013, cuando la organización Estado Islámico atacaba aldeas kurdas en Shengal (Irak), lo que acabó con la vida de miles de personas y la captura de cinco mil mujeres, me trasladé a la zona como periodista para cubrir los hechos. Fue allí donde supe de las barricadas.

Del mismo modo, durante los conflictos que tuvieron lugar entre 2015 y 2016 en las regiones kurdas de Turquía, las barricadas, a las que hasta entonces había visto como un simple elemento, se convirtieron en parte de mi vida en las zonas en las que trabajaba. Durante casi un año tuve que esconderme detrás de ellas para protegerme de las armas de soldados y policías, o de posibles intentos de arresto.

Aunque sabía que estas barricadas, construidas para protegerse de los vehículos militares de última generación, eran, en realidad, muy frágiles, ¿qué me llevó, como a todos los demás, a refugiarme tras ellas? ¿Por qué estas barricadas, pese a su vulnerabilidad, inspiraban más confianza que las fuerzas militares?

¿Además de haber sido levantadas para la protección física, transmitían también otro mensaje? ¿Por qué miles de personas se empeñaban en colocar esos elementos en la calle, a pesar de ser plenamente conscientes de que iban a ser destruidos?

Este elemento, nacido repentinamente de la desesperación de una persona desarmada —aunque para un civil indefenso construirlo con sus propias manos le parecía algo duro y sólido debido a la piedra —, para un soldado en un vehículo militar blindado no era más que un “montículo” que debía ser derribado, una tarea tan simple como jugar a la PlayStation. Y eso fue, en efecto, lo que sucedió en algunos casos. El hecho de que la barricada pudiera tener formas tan diferentes según el punto de vista de cada bando despertó en mí un profundo interés.

El período en que establecí un contacto estrecho con las barricadas coincidió con una época en la que, en la región kurda denominada Anatolia Oriental o Sudeste de Turquía, las fuerzas de seguridad oficiales llevaban a cabo violentos ataques contra las ciudades. El “proceso de paz”, iniciado en 2013 entre el Estado turco y el movimiento kurdo, había llegado a su fin, y el ambiente relativamente optimista y pacífico dio paso a un clima caótico marcado por espeluznantes escenas de violencia desproporcionada. El discurso político nacionalista y autoritario que comenzó a dominar el Estado paralizó el proceso de paz y dio lugar a un estado de guerra no declarado en la vasta región kurda.

Ante esta situación, el pueblo kurdo adoptó como respuesta una especie de desobediencia civil: el autogobierno, que abarcaba reivindicaciones democráticas y basadas en los derechos. Este modelo pretendía no solo el reconocimiento del pueblo kurdo, sino también de todas las identidades religiosas y étnicas en el país. Proponía un modo de vida ecológico, libertario y basado en la igualdad de género. El Estado optó por reprimir estas reivindicaciones mediante métodos clásicos de violencia. Al declarar el estado de emergencia, convirtió un contexto de paz en uno de absoluto terror.

Hubo bombardeos durante concentraciones pacifistas (en Ankara, Suruç o Diyarbakır en 2015). En las ciudades kurdas se instauró un auténtico estado de guerra, con arrestos, detenciones, redadas y el bombardeo intensivo de determinados barrios, que quedaron reducidos a escombros. Miles de personas fueron encarceladas y otras miles se vieron obligadas a exiliarse. Ante estos ataques, las comunidades kurdas empezaron a levantar barricadas en sus pueblos como medio de autodefensa.

Los toques de queda, impuestos con frecuencia durante más de un año, alteraron totalmente el desarrollo de la vida cotidiana. Se bloquearon algunos barrios y se creó una atmósfera de asedio total mediante vehículos blindados. Para satisfacer sus necesidades diarias y simplemente sobrevivir, la única solución que encontró la población fue levantar barricadas. En aquellas zonas en las que salir a la calle equivalía a una sentencia de muerte, muchas personas —niños, ancianos o enfermos— fueron aplastadas por vehículos blindados o alcanzadas por las balas de francotiradores, y sus cuerpos fueron abandonados durante días en medio de la calle.

Las multitudes arrancaban adoquines, descolgaban cortinas de las ventanas, sacaban mantas a la calle. Todos estos objetos cotidianos adquirieron una nueva función: ya no facilitaban la vida, la salvaban. Gran parte de las armas utilizadas durante estos ataques habían sido importadas de países europeos. A pesar de la destrucción masiva y del ambiente de terror que siguieron a esta resistencia, las barricadas permitieron que muchas personas permaneciesen con vida durante bastante tiempo. La relación de los niños con la barricada se convirtió en una especie de metáfora de los juegos de la guerra. Ante los toques de queda, que duraban meses, los niños encontraron diversas formas no solo de sobrevivir, sino también de divertirse. La foto de abajo recoge un momento de uno de estos juegos. Para ir de una calle a otra, primero comprobaban con periscopios improvisados colocados al final de la barricada si había un vehículo blindado en la esquina. Y, así, con el ingenio propio de la infancia, se las arreglaban para cruzar de una calle a otra.

En definitiva...

La barricada, como elemento, altera la propia ontología de los objetos. El sillón ya no se usa para sentarse,

sino para protegerse o esconderse; las piedras (¿los adoquines?) ya no sirven para construir carreteras, sino para bloquearlas. Estos materiales insignificantes de la vida cotidiana vuelven a movilizarse para garantizar la supervivencia.

Incluso hoy en día miles de personas no pueden volver a sus casas, simplemente porque se han quedado sin hogar. Sigue habiendo cuerpos desaparecidos y decenas de miles de personas encarceladas. El dolor, la rabia y el recuerdo de aquella época aún siguen vivos. Pero la barricada fue la respuesta directa del pueblo ante estos ataques. Este elemento construido en el espacio público iba más allá de la intimidad: era la expresión de una resistencia colectiva, y esa expresión sigue resonando. Las barricadas fueron la transformación épica de esos objetos sin valor en una imagen poderosa.

Por supuesto, quienes construyeron las barricadas también sabían que estas seguirían siendo frágiles frente a las bombas, que se derrumbarían rápidamente. Pero, para ellos, la barricada no era solo un medio de protección física, sino una metáfora de la existencia. Oponerse, mediante un elemento sencillo, a las poderosas imágenes del autoritarismo y del militarismo (tanques, cañones, etc.), rechazar la sumisión, defender el propio espacio vital. Si la forma de la barricada parece rectangular, áspera y dura, se debe, sin duda, a la imagen de la manta de mi infancia, cuya forma, en mi memoria, evoca una sensación de suavidad. Como yo, muchos niños han experimentado la posibilidad de una vida plural bajo una sola manta. Inspirada en la teoría de Judith Butler, que considera la vulnerabilidad como una especie de existencia compartida, esta manta-barricada está especialmente abierta a la vulnerabilidad de los cuerpos que, a lo largo de la historia, han sido menospreciados, borrados o invisibilizados. En este sentido, la barricada es a la vez un espacio de exposición y de refugio. No se resiste empujando, sino envolviendo; no grita, absorbe. Esto se hace eco del momento de "quiebre feminista" descrito por Sara Ahmed. El momento en el que la amabilidad no puede soportar más la opresión y, por tanto, traza un límite. En esta barricada la amabilidad no es una retirada, sino un rechazo construido con ternura.

Se trata de una llamada a reconfigurar la política del espacio liberándolo de geometrías rígidas y arquitecturas masculinizadas. El quilt, tradicionalmente vinculado al ámbito doméstico, a la intimidad y a un tipo de creación colectiva, lleva en sus fibras una memoria histórica. En esta obra, se convierte en un tema político: desmonta la dualidad público-privada y revela la estética del cuidado como instrumento de resistencia.

El quilt-barricada se alza como un monumento silencioso tanto a la fragilidad colectiva como a la resistencia tejida con amabilidad. No se rinde al espectáculo de virilidad que el poder reclama a la resistencia. En lugar de ello, ocupa su lugar en el espacio a través del tejido, de la delicadeza corporal y de las relaciones, para redefinir así lo que puede ser una barricada.

Las piedras y el levantamiento amable: el espacio tras la barricada

Levanté mi barricada en el corazón de la iglesia de San Domingos. Esta elección no fue casual, ya que la historia que arrastra este lugar resuena con mi modo de crear la barricada. Fue una iglesia, pero posteriormente sufrió daños durante la guerra, al ser bombardeada. Se propuso destruirla, pero el pueblo se opuso; más tarde, se decidió desmontar sus piedras para construir caminos, y el pueblo volvió a oponerse. Estas piedras, a pesar de pertenecer a una fe ya desacralizada, se consideraron dignas de ser preservadas.

Hoy no tiene ni congregación ni orden religiosa; sin embargo, a pesar de la pérdida de su función original, la iglesia se conservó y se convirtió en soporte para otros usos: una cárcel de mujeres, un espacio expositivo público... Mientras las piedras de este edificio religioso permanezcan en su lugar, todo es posible.

La pregunta fundamental que debemos hacernos es la siguiente: ¿qué merece la pena proteger?, ¿cuándo, y para quién, tiene valor una piedra, una estructura o una creencia?

En mi tierra natal, el Kurdistan, durante los toques de queda, las carreteras perdieron su función, ya que nadie podía caminar por ellas. Pero estas piedras, ya inservibles, cobraron un nuevo significado: se convirtieron en

barricadas, en estructuras de defensa civil levantadas para protegerse de la violencia del Estado. Su inutilidad se transformó en "espacios de supervivencia". Mujeres y niños rompieron las canaletas para crear periscopios; construyeron redes subterráneas o sistemas de comunicación que recorrían los tejados. Para nosotros, la barricada era la arquitectura de un sueño de autonomía, en el corazón mismo de la destrucción.

Detrás de la barricada se esconde un espacio que hay que proteger; pero esta protección no es una mera defensa, sino una propuesta de contraespacio. Cuando alguien entra, un vídeo le da la bienvenida: son imágenes de archivo de mujeres y niños construyendo barricadas. Estas estructuras colectivas, levantadas contra el silencio, la violencia y la destrucción, ofrecen al espectador actual un tipo diferente de experiencia espacial. La parte de atrás de la barricada se convierte en un lugar acogedor y hospitalario, un espacio que incluye y envuelve. En la parte de delante de la barricada hay un agujero; quien mira a través de él no ve la parte de atrás, sino el exterior, la parte delantera. La fotografía que aparece enmarcada en esta apertura inmortaliza un instante: un niño, en tiempos de guerra, mirando a través de un agujero de bala en la pared. El niño mira, pero nosotros nunca podremos llegar a ver lo que él ve.

Esta imagen actúa como un espejo invertido. En un espacio expositivo en Europa, al mirar a un niño desde otro lugar, solo podemos imaginar lo que él ve: destrucción, miedo, otra cara. Si no estamos detrás de la barricada, solo podemos ver al niño mirando, no lo que está mirando. Solo podemos sentir lo que él ve si cruzamos la barricada.

La estructura óptica, inspirada en el periscopio elaborado por los niños a partir de las canaletas, se sitúa justo a la izquierda de la barricada. Permite que la persona que está detrás de esta vea la parte delantera. Dicha estructura pretende destacar que alguien privado de su hogar no solo tiene derecho a defenderse, sino también a observar y a ser testigo. Así, la barricada sirve para proteger y también para ver el otro lado, para comprender e, incluso, para transformar. Sustituye la mirada ciega que permite las ejecuciones sumarias por una recíproca: una mirada que ve y es vista.

Según Edward Said, el exilio no es solo una separación física, sino también una distancia intelectual. Una persona privada de refugio no está ni totalmente dentro ni completamente fuera. Este punto intermedio permite ver el mundo desde una nueva perspectiva y deconstruir los mitos de la pertenencia. Mi presencia en este espacio también se encuentra en ese límite: no pertenezco a él, pero tampoco me es totalmente ajeno. Y es precisamente esta posición intermedia la que me permite proponer otra lectura del espacio: la de la posibilidad de una barricada tejida por mujeres, en el corazón mismo de la historia patriarcal.

Mi barricada confronta lo que tradicionalmente debe protegerse —la fe, la estructura, lo sagrado— con lo que ha de ser protegido para sobrevivir —el cuerpo, la memoria, los bienes comunes—. Las piedras de la iglesia permanecieron en su sitio, y todo fue posible. Las piedras de la barricada, por el contrario, fueron arrancadas del suelo, y de ellas solo surgió una cosa: la resistencia. Hoy, estas piedras y telas aportan otra historia, otra voz de mujer, a la memoria de este lugar. Al igual que las barricadas invisibles de las mujeres, esta se teje a partir de telas, silencios y miradas. No se despliega de fuera hacia dentro, sino de dentro hacia fuera. La barricada ya no es una línea de defensa; se convierte en un escenario de la memoria, de la resistencia colectiva y de la autonomía amable. Yo, en el corazón mismo de esta obra, no soy ni de aquí ni de allí, pero en este no-lugar abro un espacio, no para protegerme, sino para ser testigo y sobrevivir juntos.

La barricada es una traducción material del no-lugar y de la ausencia de hogar. Al igual que Edward Said define el exilio no solo como una pérdida, sino también como una manera de pensar, esta barricada nace de ese desplazamiento. El edredón, que en casa protege y envuelve, se convierte aquí en un objeto-frontera: una barrera o un refugio temporal. De este modo, la barricada incluye tanto como excluye, al igual que el exilio, ocupa una posición intermedia entre la pertenencia y el rechazo. El edredón —símbolo de calidez— se convierte aquí en una armadura de resistencia; el hogar se transforma en un territorio que se mueve con el cuerpo. Y, de nuevo, para Edward Said, quien considera el exilio como una devastación y un modo singular de pensamiento, el exiliado nunca pertenece plenamente a un lugar, y precisamente esta condición le impide consagrarlo o establecerse en él. La falta de pertenencia abre un espacio crítico. Mi presencia en este lugar se fundamenta en dicha posición: no pertenezco a esta iglesia ni a los códigos históricos que implica, pero es

exactamente esta ausencia de arraigo lo que me permite crear nuevos significados dentro de ella. La barricada que tejo con la memoria de las mujeres, los exiliados, los presos y los niños ofrece una voz contraria —amable pero resistente— a la historia patriarcal de este elemento arquitectónico.

La frase de Edward Said, “incluso cuando estás lejos de casa, siempre lo tienes presente”, se materializa aquí en el recuerdo del edredón. La barricada deja de ser una simple línea defensiva para convertirse en un espacio colectivo construido a partir del recuerdo de quienes fueron arrancados de su tierra. Cada puntada, cada pliegue, se convierte en testimonio de ese desplazamiento. Esta barricada no solo bloquea, también abre una vía al construir un nuevo lugar al que pertenecer.

Esta barricada aporta, a un lugar marcado por las guerras del pasado, una nueva forma de lucha, amable pero insistente, íntima pero colectiva, invisible pero persistente. No es una barricada que se levanta desde fuera hacia dentro, sino que se despliega desde dentro hacia fuera. No para proteger, sino para ser testigo y sobrevivir juntos. Es la barricada de quienes quieren a la vez esconderse y ser vistos, proteger y ver. Es la barricada de quienes piensan en el arte como un hogar, o como un lugar de resistencia, para quienes no pueden regresar.

.....

PRODUCCIÓN

Zehra Doğan
Steeve Casteran
Şermin Langhoff
Naz Oke
Refik
Afat Baz
Özgür Reyzan
Nerea Lores Acuña
Fátima Cobo Rodríguez
Juan Carlos Calvo Abelleira e o seu equipo

Comisarios: Agar Ledo e Antón Castro

AGRADECIMIENTOS

A Wenda Koyuncu, Erden, Maral, Yunus, Hülya Dilo, Berfin, Yavuz, Özgür Reyzan, Afat Baz, İda Pisani, á Academia de Xineoloxía, aos traballadores de prensa kurdos e á miña familia...

Traducción del turco al inglés: Lucie Bourges

Traducción del inglés al castellano: Servizos Lingüísticos, Deputación de Pontevedra